

buena parte de sus libros, el último de los cuales recopila artículos políticos de beligerante exposición.

Como decíamos, esta intensidad en la querrela puede confundir a quienes observen la cuestión con falsa equidistancia, buscando razones, mirando de reojo a unos y a otros. A decir verdad, sería deseable que la lectura de este volumen, apasionado e informativo, bastase para confirmar que la indignación –por escrito o a viva voz– se toma una virtud cuando su autor notifica un historial tan oscuro como el castrista.

**La casa imposible**, Consuelo Triviño, Editorial Verbum, Madrid, 2005, 139 pp.

El libro de relatos que ofrece Consuelo Triviño (Colombia, 1956) se alimenta de melancolía y de lucha por el sentido. En términos enérgicos, esa tonalidad inicial domina a lo largo de todo el volumen, y consiguientemente, las tonalidades accesorias quedan estipuladas por aquélla. Desde luego, dicho carácter no designa unívocamente esta entrega, pero a falta de otra expresión global, sirve para dar un primer testimonio de los pro-

blemas abordados en *La casa imposible*.

Por determinación psicológica, pero también por destino y presagio, la pesadumbre es el sentimiento llamado a conformar, una vez y otra, figuras para la vida de estos tiempos. Necesariamente, nuestra existencia se mantiene dentro de un armazón que linda con el desencanto y la perplejidad. Este peligro puede llegar a agudizarse con la edad, y quizá por eso los personajes de Triviño nutren su conciencia de sí mismos con actitudes huidizas, caprichosas, a favor del goce y el desvarío en los sagraios del arte. El hecho de que la rebeldía, con toda su fecundidad, figure en el aparato biográfico de estas criaturas habla en favor de cierta esperanza poética, menguada en las bajezas de lo real. Atrevida ocurrencia, sin duda: frente al paradigma que impone identidades fijas, la creación autónoma pugna por realizarse desde la ambigüedad. Con todo su valor sintomático, he aquí el empuje existencial que mueve los cuentos de la serie: «El tiempo mata cuando no te pasa nada interesante, nada intenso, sea placentero o doloroso. El tiempo mata cuando se acepta la normalidad y se obedece a los verdugos. El tiempo mata cuando una renuncia a sentir por miedo al

sufrimiento. El tiempo mata de todas formas porque el ser humano no es inmortal».

Dentro de los linderos de un mundo bien ordenado, el ciclo expuesto por Triviño plantea que el asombro –y no la verdad– es la meta suprema de toda búsqueda: «La noche es eterna para los que no duermen, para los que en soledad tejen y destejen una historia anclada en el pasado».

Con toda la singularidad de su deriva *histórica*, asequible por el lado de los sentidos, estos personajes tropiezan con reparos comunes. Por esta senda, cada historia parte de una filosofía común, bien moldeada, para luego proyectarse en lo particular. Sin embargo, pese a todo lo que aleguemos en favor de este aire de familia –de esta regla que se individualiza–, no conviene confundir una fuerza como ésa, que sirve de nexo de unión, con la monotonía. Desde luego, no es éste el caso. Gracias a la habilidad de la autora, esa riqueza psicológica –ese prolijo inventario de costumbres– se disuelve en múltiples matices. Los afanes, mudables y turbulentos, llegan a comprenderse en su hondura peculiar. Con arreglo a este proceso, cada anécdota se reviste de novedad y adquiere el rango pleno de la buena literatura.

**Martí y Blaine en la dialéctica de la Guerra del Pacífico (1879-1883)**, José Ballón Aguirre, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 449 pp.

Comparar dos personajes tan diversos como Martí y Blaine permite a Ballón, observador metódico y exigente, arrojar una luz insospechada sobre la vida intelectual iberoamericana del siglo XIX. A decir verdad, esta monografía no es sólo un monumental inventario de testimonios, cronologías, ajustes de cuentas y chismes de gabinete. Sus páginas recomponen asimismo un periodo decisivo que adquiere carnalidad –o metonimia– en sus dos protagonistas. No en vano, las huellas que deja el tránsito de ambos en América permite valorar un proceso histórico que desemboca en nuestros días, y que contiene etiquetas grandilocuentes pero de manejo eficaz (el imperialismo, el Estado fuerte, la tesis liberal, y también el latinoamericanismo).

En este volumen, de buena calidad informativa y lúcidas precisiones, importa especialmente la cambiante obra martiana, sondeada en relación con la política exterior del citado James G. Blain, a la sazón secretario de Estado norteamericano. El contexto lo provee la

Guerra del Pacífico (1879-1883), cuyo significado es perceptible en la maduración ideológica del cubano como un retrato sobreimpreso. Ballón exhuma textos que confirman ese influjo, y así comprobamos que el conflicto queda incorporado en la reflexión continental de Martí desde su arribo a Nueva York, el 3 de enero de 1880.

Según propia confesión, la pesquisa del autor adquiere una deuda con la orientación crítica de Ángel Rama. Es inevitable, por tanto, la cita agradecida de «La dialéctica de la modernidad en José Martí» (*Estudios Martianos*, 1974), donde Rama dice que Martí no tomará clara conciencia de las exigencias de su época (artísticas y también sociales y políticas) «mientras no interrogue centralmente y padezca del mismo modo central —como él quería para el escritor— el cataclismo de su época». Culmina esa experiencia de afirmaciones, reservas y contradicciones durante la etapa que va desde 1879 hasta 1882. No obstante hay una fecha que importa a Rama sobre las demás: el 4 de marzo de 1881. Es entonces cuando asciende a la Secretaría de Estado el antedicho Blaine, «un hombre que ocupó el pensamiento de Martí por diez años y con el cual no cesó de batirse admirando su inteligencia

y oponiéndose fieramente a su política expansionista».

Blaine pertenece a esa zona de la política norteamericana que entra y sale del imperialismo, vindicado como un privilegio aceptable y acaso predestinado. Como estratega, quiso movilizar los intereses de su nación durante la Guerra del Pacífico entre Chile y Perú. El 29 de noviembre de 1881 convocó a todos los países americanos en Washington, y al fin logró celebrar la reunión en octubre de 1889. A partir de aquella Primera Conferencia Internacional surgió el texto *Nuestra América*, crucial en el análisis de Rama y en el cumplidísimo sondeo de Ballón.

Hay otro inciso interesante que añadir: esta monografía también recupera el planteamiento original de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, presidida por Martí. Con oportunidad, Ballón presenta ese proyecto mediante unas líneas del escritor cubano, firmadas el 30 de octubre de 1891. Lejos del ensimismamiento castizo, lo propio de ese párrafo es una dialéctica necesaria y efectiva en su demanda: «La Sociedad Literaria —escribe el cubano— existe para levantar en los Estados Unidos el crédito de toda Hispanoamérica, para juntar a todos los hispanoamericanos, con las ideas y los propósitos que

ya son urgentes, en un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con todas las cualidades de fuerza mental y cultural visible, y organización decorosa que puedan inclinarlo al respecto».

**México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios nacionales,** Agustín Sánchez Andrés y Raúl Figueroa Esquer (coordinadores), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto Tecnológico Autónomo de México., 2003, 309 pp.

Con glorias y miserias que ya se han estereotipado, el reflejo de lo español determina la crónica de México y el imaginario de sus habitantes. Cualquier observador sensible sabe que, a lo largo del proceso emancipatorio, los mexicanos aceptaron esa típica inversión de valores que corresponde a la hora de justificar la independencia: al colonizador, una vez derrotado, se le observa con recelo, y por tanto, conviene lastimar su orgullo en los libros de historia. Pero digamos desde ya que tras la protesta –inicial querellas que compensan un momentáneo déficit de identidades– subyace la

búsqueda de un sentimiento de totalidad.

Al cabo, este es un progreso acumulativo: aunque la tendencia a la depreciación de la estirpe hispánica dio lugar a la estilización exagerada del pasado precolombino y de otros elementos arcaicos, lo cierto es que el modelo nacional que engendró esa melancolía sólo se entiende desde las líneas directrices del virreinato. Apelemos, por ejemplo, a la persistencia del caudillismo. En esta dialéctica familiar, es comprensible que muchos intereses de la vieja metrópoli equivalgan a un contravalor, y que ciertas herencias computen como deuda paterna. Desde luego, el conflicto en la línea sucesoria es negociable, pero sus inercias son demasiado poderosas.

En este terreno disputado, libros como el que presentamos sirven para medir las manifestaciones neuróticas, culturalmente estructuradas –a saber: expectativas desmedidas, persuasivos antagonismos, insistencias elementales– que presenta la formación de una comunidad nacional. Obviamente, México no es una excepción a esa incómoda regla, y entenderlo a través de estas páginas nos permite sondear su tránsito hacia la modernidad. Por lo demás, en cualquier proceso de singularización emergen opciones